

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

Colegial

M. R.



AÑO I
17 DE OCTUBRE DE 1941

Anka





EL FLAMENCO

(PHOENICOPTERUS ANDINUS)

CLASE AVES

Bajo la común denominación de Flamencos se conocen tres especies de estas hermosísimas aves que viven en Chile. De estas tres especies de flamencos chilenos el *Phoenicopterus andinus* es la que vive en el norte de Chile. Este Flamen- co vive en grandes bandadas en la cordillera y también se in- terna en los lagos y lagunas cordilleranas. Su alimento lo con- stituyen pequeños moluscos, crustáceos, brotes y raíces tier- nas.

No me ha sido posible observar sino ejemplares aislados en cautividad, observaciones éstas muy a la ligera. Los nidos los construye de barro y tiene la forma truncada que parecen islotes que sobresalen de la superficie del agua, en la parte su- perior o vértice está la hendidura o cuenca del nido donde son depositados los huevos, los polluelos son insoresos. El vuelo de estas aves es rápido, las patas las lleva estiradas ha- cia atrás lo mismo el cuello lo estira adelante.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago)

APARECE LOS
JUEVES

Castilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

AÑO I

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.00

SUSCRIPCIONES

EN CHILE:

Anual . . . \$ 50.—

Semestral . . 25.—

Director Propietario: ELEODORO CARO C.

Of. Díez de Julio 1140.

N.º 27

MI CHARLA DE HOY

Mis queridos amiguitos; es muy común entre grandes y chicos creer que basta con no hacer mal a nadie para tener derecho a que se nos llame una persona buena. Eso es muy poco, queridos amiguitos. El deber que tenemos para con el prójimo no se limita sólo a evitar el daño ajeno, sino también, y muy especialmente, a no dejar de hacer el bien cuando podemos y la oportunidad se presenta. De éste no solamente sentiremos gran satisfacción en nuestra conciencia, sino también tarde o temprano, recibiremos la recompensa otorgada por la gratitud.

No imitemos, pues, al asno de que nos habla el fabulista español don Félix María Samaniego. Según cuenta Samaniego en una de sus fábulas llenas de gracia, un asno y un perro caminaban al servicio de su amo. El hombre, al pasar por un potrero, se tendió sobre el pasto a descansar y se quedó dormido. Entonces el asno aprovechó el sueño de su amo para ponerse a comer del abundante pasto que allí había. El perro le suplicó que bajara el lomo para comer él también de las alforjas. Pero el asno le contestó que no fuera impaciente, que aguardase a que despertara el amo. En eso surgió un lobo, y el asno asustado pidió ayuda al perro. Pero éste le replicó irónico; —¡No seas impaciente! ¡Aguarda a que despierte el amo!

¡Hasta la próxima semana!

EL COLEGIAL



La Isla de los Cruzados



RECUERDEN: Que el aviador Bill Barnes fué contratado por el Emperador de Jogam para adiestrar a sus pilotos y que Sandy el más joven de sus ayudantes después de volar en un biplano cedido por Elliot a cambio de un sello de la India, es prisionero de éste por no querer entregarle el sello que creían aún estaba en su poder. Bill lucha hasta que Sandy recupera su libertad y Elliot encuentra la muerte al descender en una pluma los tres aviones al mismo tiempo.

CAPITULO VIII

Estaba a punto de dar un cuarto de vuelta para picar verticalmente cuando el biplano, que volaba por debajo, dió más gas a los motores y se elevó. De un par de ametralladoras, situadas a ambos lados de la caja del motor, salieron dos chorros de fuego. Y Bill, muy asombrado, abrió los ojos cuando las balas fueron a dar en el borde de ataque de su ala izquierda. Luego se apresuró a sacar el caza de la línea de fuego.

—No tendré más remedio que derribarlo a tiros, se dijo Bill en-

tre dientes. Y, en tal caso, puede ocurrir que mis balas hieran al pobre Sandy.

No pudo identificar la cabeza que asomaba en la carlinga posterior aunque le parecía ser la de Sandy. Probablemente el muchacho estaba atado e indefenso. Debía esforzarse en herir directamente al piloto con sus ametralladoras. O bien, en otro caso, esperar la llegada de Shorty y entre los dos obligar al piloto enemigo a aterrizar.

Nuevamente enchufó la radio y llamó a Shorty. Luego retrocedió describiendo una curva vertical en tanto que el biplano describía otra curva para reanudar su ataque.

—Sandy se halla en la carlinga posterior, dijo Bill. Ten cuidado si el piloto empieza a perseguirte. Sitúate sobre él y yo me colocaré a su cola. Y sobre todo, cuida tu tiro.

El rugido de los motores Diesel, de gran compresión de Shorty apagaron sus palabras cuando el caza volaba sobre él. El biplano había vuelto grupas, apuntando su proa hacia las orillas de la Tierra Santa. Bill juzgó que era casi tan rápido como el caza de Shorty. Y nuevamente habló ante el micrófono.

—Sitúate a su cola, dijo. Yo vo-

laré por encima de él, para ver si consigo asustarlo, a fin de que aterrice.

Bill inclinó el poste de mando hacia atrás y ascendió. Cuando se hallaba por encima del biplano inclinó hacia adelante y picó con el Tempestad, sin parar el motor. Estaba seguro de apreciar la distancia exacta. Su velocidad era terrible y aumentaba por momentos. Vió que el piloto tenía la cara vuelta hacia arriba, en tanto que él oprimía los gatillos de sus ametralladoras. Un chorro de balas fué a pasar por delante de la proa del biplano, el que, por su parte, picó para huir de aquel torrente de fuego.

Cuando Bill inclinaba atrás el poste de mando, para subir, vió que Shorty había obligado al biplano a descender más aun. Disparaba sucesivamente algunas andanadas de sus ametralladoras a uno y otro lado del avión. El piloto enemigo trataba de librarse de aquella persecución por medio de una serie de vueltas Immelmann y al fin salió de su vuelo picado. Y Bill apuntó hacia él la proa de su aparato y le disparó sus torrentes de balas.

El piloto parecía estar desconcertado. Volaba como hombre repentinamente dotado de habilidad sobrehumana.

La primera vez que Bill picó hacia el biplano, pudo distinguir el pálido rostro de Sandy. Notó, además, que tanto la cara como el cabello del muchacho, estaban sucios de sangre. Y Bill profirió unas maldiciones al notar que el pobre muchacho hacía esfuerzos para dirigirle una sonrisa.

En aquel momento los tres aviones se hallaban a muy escasa altura sobre una playa blanca. El pi-

loto del biplano comprendió muy bien que no conseguiría escapar hacia adelante y subió a través de aquellos dos enemigos. Entonces Bill se acercó a velocidad terrible, hacia el puesto del piloto enemigo, quien se quedó lívido al mirar hacia arriba.

Luego se inclinó su poste de mando y picó hacia la playa. El Tempestad y el caza aterrizaron al mismo tiempo que él.

Cuando el piloto del biplano saltó a tierra, Bill soltó los frenos y empuñó una automática de gran calibre que estaba a su alcance. Y cuando aquel hombre se disponía a echar a correr, Bill le dió el alto. Mas esa orden pareció dar mayor velocidad al fugitivo.

Apuntó Bill cuidadosamente a las piernas y disparó tres veces. El hombre cayó al suelo, pero luego se puso en pie como un muñeco de resorte. Dió dos pasos más y cayó de nuevo llevándose una mano a la garganta.

Cuando Bill se acercó pudo comprobar que era realmente Elliot y que ya no sería posible revelar a nadie el secreto del sello de correos.

El aviador registró su ropa y sacó de un bolsillo una cartera de piel y la abrió, en tanto que Shorty ayudaba al pobre Sandy que cojeaba al andar, por la arena de la playa.

En un compartimento impermeable de la cartera se hallaba el sello de correos que Sandy diera al muerto a cambio de su permiso para volar en el extraño aeroplano pterodáctilo.

—¿Estás ya bien del todo muchacho? preguntó Bill a Sandy, una vez que hubo puesto al Tempestad en vuelo horizontal a mil quinientos metros de altura y en



—¡A las armas! — gritó. — Hay unos aviones que pican a nuestras colas.

su vuelo de regreso a Port-Said.

—Estoy mucho mejor, Bill, dijo Sandy. Me parece que mi indisposición era más mental que física. No me atormentaron gran cosa, pero las amenazas que me hicieron eran horribles, de manera que solo al pensar en ellas me echo a temblar. Elliot me hizo una serie de descripciones encantadoras. Yo estaba decidido a no decirle que el sello estaba en su poder. Ya sabe que soy algo testarudo.

—¿Te dijo algo acerca del lugar a dónde te llevaba?

—No sé más que de una especie de castillo medioeval, destinado, según parece, desde el tiempo de las Cruzadas, a aplicar tormentos a la gente.

—¿No sabes dónde está? preguntó Bill.

Sandy dice a Bill que no sabe dónde se encuentra el castillo al que lo llevaban para atormentarlo.

—¿Conoces alguna razón que ex-

plique su interés por el otro sello?

—Tampoco, dijo Sandy. Se limitó a decirme que lo necesitaba. Y da vez que me lo decía, recibía de él un puñetazo.

—Ya no volverá a molestarte.

—¿Va usted a dar cuenta de lo sucedido a la policía de Port Said?

—No, contestó Bill después de breve reflexión. Daré cuenta de eso en otro lugar. El te dijo que podría meternos en la cárcel para toda la vida, en Port-Said. No quiero exponerme a ese peligro.

Por un momento Bill registró el cielo y vio que el caza de Shorty volaba a corta distancia. Miró hacia adelante y pudo ver la ciudad de Port Said que se extendía en el extremo del canal de Suez.

—¿Estás seguro, preguntó a Sandy, de que Elliot no te dio ningún detalle acerca de esos dos sellos? ¿Qué pueden significar o a dónde iban destinados cuando te los entregaron por error? (Continuará).

Vergel INFANTIL

POR
ELSE BECKER



Niño que vas por la vida
caminando sin hablar...
pues no sabes todavía
lo que es como hombre luchar.

Levanta al cielo los ojos
como dos rayos de luz;
y dobla tus manecitas
para dar gracias a Dios.

¿No tienes padres, hermanos,
amigos con quien jugar?...
¿Eres pobre, sufres mucho,
pues no puedes estudiar?...

No importa niño, trabaja,
no te pongas a llorar;
sé valiente y piensa un poco
que en Europa ya no hay pan,
y que todos ¡pobrecitos!
muriéndose de miseria,
de angustia y dolor están.

ELSE BECKER

AÑORANZA

Era la noche más bella
cayendo por los caminos...
Sobre las aspas negruscas
del más viejo de los molinos,
el viento, al rozar sus alas
tenía piedad de nidos...

Cada estrella era un brillante
en el ensueño de los pinos.
El viento, al abrir al mundo,
el secreto de su abanico,
llenaba al alma entera
con el murmurio del río...

Bautismo de luna suave
en los senderos del trigo...
Por la gracia incomparable
de un milagro bendecido
mi corazón, en un sueño,
estaba casi dormido...

Era la noche más bella
cayendo por los caminos.
La luna: copón glorioso
ardía sobre los trigos.
Y en la copia soñolienta
que, el viento, traía del río
como un poema llegaba
para delicia del oído.
¡Sólo el recuerdo me queda
para alegría y martirio!

MIREYA

“EXTRA VIOS”

MADRE:

Muchas veces de rodilla ante tu altar
te elevé una plegaria hasta tu trono,
te ofrendé mi alma sedienta del amar
más luego te dejé en el abandono.

Te ofendí madre. Sin piedad herí
tu tierno corazón por mí latiendo,
mas al eco de tu voz tierna acudí
y en tus brazos lloré mis faltas viendo.

Si algún día de nuevo te abandono,
es el mundo el que trata de alejarme
pues mi alma en este verso te la dono.

Con el amor que puso El al crearme
Si me voy no soy yo quién te abandono
el mundo es el que quiere separarme.

DESCONOCIDA

EL PALADIN

RECUERDE: Eudío el Trovador, su amigo el caballero Giles de Cruca, acompañados por el escudero Laquenar llegan a Palermo con el fin de salvar a Rosmunda, rica huérfana heredera, a quien su tío, el conde de Valleombroso, gobernador de Palermo, tiene intenciones de matar para apoderarse de sus bienes. Alienor, la esposa del conde toma la iniciativa contra Rosmunda y consulta a un astrólogo para que le descubra el porvenir. El astrólogo le dice que la muerte de Eudío, de Giles o de Laquenar anunciará también la muerte de ella. Mientras tanto, el conde le ordena para matar a los tres fugitivos donde los encuentren.

CAPITULO III



1. La predicción del astrólogo dejó a la condesa sumida en grandes perplejidades. ¿Cómo podía oponerse ella a las decisiones de su marido, defendiendo la vida de los fugitivos para salvar la propia? La condesa se dirigió a la ventana. El cielo amenazaba tormenta.



2. Pensando en que los guardias de su marido andaban ya en busca de Eudío y sus compañeros para matarlos, un estremecimiento de terror sacudió todo su cuerpo. —¡Debo salvarlos! murmuró. Los haré buscar por un servidor seguro y los esconderé para que no mueran.



3. La condesa se volvió hacia el fondo de la habitación y llamó a su doncella. Apenas apareció ésta, le dijo: —Ve a buscar a Orego y dile que venga en seguida. La doncella salió a cumplir la orden, mientras la condesa Alienor se quedaba esperando llena de impaciencia.



4. Momentos más tarde se presentó el llamado Orego y saludó a la condesa inclinándose casi hasta el suelo. Orego era un hribón que había sido condenado a la horca y se había salvado gracias a la intervención de la condesa. Desde entonces servía fielmente a Alienor.

TROVADOR



5. Te he mandado venir, le dijo la condesa, porque necesito tus servicios. —Bien sabe la señora condesa que mi vida y mi alma le pertenecen, replicó Orego inclinándose de nuevo. —Pues bien, escucha con atención, Orego. Esta mañana llegaron a Palermo en una nave tres hombres. El conde los hace buscar para condenarlos a muerte.

6. Pero yo sé que no son culpables, prosiguió la condesa. Se trata de un pariente mío que viaja con un caballero amigo y un escudero. Yo no quiero que mueran. Tú los buscarás y, si están vivos, los salvarás. Pero la tarea de hallarlos no será muy fácil, Orego. —Pierda cuidado la condesa; conozco todos los escondites de Palermo.



7. Bien. Cuando los encuentres, los conducirás fuera de la ciudad, cerca del viejo palacio árabe La Ziza. En un refugio seguro. Orego hincó una rodilla en tierra y dijo: —Obedeceré, señora condesa; pero sólo me queda por saber el nombre o los nombres de quienes he de salvar. —Uno de ellos es mi pariente Giles de Crucis. Lo traerás aquí.

8. Pero, condesa, ese caballero tendrá que venir disfrazado para no ser reconocido por el conde o por uno de sus familiares. —Eso es; eres un servidor inteligente. Tú le proporcionarás un traje adecuado para que sirva al propio conde y le dirás que Rosmunda lo cree muerto y que es necesario que ella sepa que está vivo. Toma estos escudos.

(Continuará)



CAPITULO I

En busca de un campeón

Claudio y doña Isabel, reyes de España, tuvieron un hijo a quien pusieron por nombre Clodio. Nunca un príncipe recibió una educación más esmerada y por eso nadie mejor que él para salir con bien de cualquier paso difícil, ni nadie sabía manejar mejor la espada y el caballo.

Sus padres lo enviaron a la corte de Francia, que en aquellos lejanos tiempos se llamaba el reino de la Galia, para que aprendiera buenas maneras y, además el sentido del honor y todo lo tocante a la valentía.

Además de Clodio, los reyes tuvieron también tres hijas, la mayor de las cuales se llamaba Heliadora, la segunda se llamaba Ferniandisa y la menor tenía el dulce nombre de Marinela. Las tres eran bellas y agraciadas, pero la menor era la más hermosa y la más amable.

a mayor tenía veintitrés años,

la segunda veintidós y la menor tenía veinte años. Sus padres pensaban en casarlas, cuando seis reyes vecinos, envidiosos de la felicidad y prosperidad del rey Claudio, atacaron su reino. En vano Claudio quiso resistir. Odiaba las guerras y temía que una invasión arruinase su reino. Por eso buscó la manera de evitar la mortandad entre los pueblos y propuso a los reyes extranjeros que cada cual escogiese un campeón para combatir por su causa y él, por su parte, escogería un campeón que defendería la causa de España. Si los campeones extranjeros vencían, el rey Claudio se comprometía a abandonar su reino; pero si vencía el campeón de España, los reyes enemigos se comprometían a retirar sus ejércitos y a volverse a sus tierras. Los reyes aceptaron el compromiso, muy seguros de vencer.

Por ese tiempo el príncipe Clodio regresó de la Galia. Después de los transportes de alegría que causó en la corte la llegada de Clodio, el rey vaciló en nombrar a su hijo campeón de su causa. Porque Claudio ignoraba que el príncipe había adquirido gran destreza en el manejo de las armas y que, además,

poseía una valentía admirable. Por otra parte, el rey no quería exponer la vida de su hijo frente a seis campeones que gozaban fama de ser invencibles. Pero el príncipe suplicó a su padre que le permitiera luchar.

—He luchado en cien torneos y siempre he salido vencedor, dijo Clodio a su padre. ¿Por qué ahora no habría de hacer honor a mi nombre y a mi país?

—Bien, te doy licencia para que pelees, hijo mío, replicó el rey muy conmovido.

Los heraldos armados, se repartieron por todas partes, resonaron las fanfarrias y todos los caballeros se reunieron delante del palacio. Nunca se había visto una compañía tan brillante. Las tres hermanas se sentían orgullosas al contemplar la apostura y gallardía de Clodio, montado en un fozgo caballo árabe.

Trescientos nobles, armados de punta en blanco, desfilaron ante las damas y doncellas, erguidos sobre sus estribos, lanza en mano y con la cabeza cubierta con casco de hierro, llevando al brazo un escudo dorado. Era un espectáculo magnífico, encantador. Y el rey pensaba para sus adentros:

—¿Tendrán los reyes enemigos un campeón tan apuesto y tan valiente como parece ser mi hijo? Con la ayuda de Dios Nuestro Señor, obtendrá la victoria.

Llegó el día fijado para el combate y todo el mundo se reunió en un extenso campo, cerca de la ciudad donde el rey Claudio poseía su más bello palacio. Era en Sevilla.

El palacio había sido construido interiormente por los sarracenos, cuando éstos dominaban el país. Sus muros estaban decorados con

oro y plata y, hasta en la parte exterior se veía brillar el mármol y relucir los más preciosos esmaltes. Frente a esa muralla había sido construida la tribuna de los espectadores, cubierta de tapices y colgaduras de colores. En la arena se hallaban dispuestos a uno y otro lado, los heraldos de armas de ambos bandos.

Después de una fanfarria de trompetas se presentó el príncipe español vestido con todas las armas defensivas y ofensivas.

—¡Qué príncipe más gallardo! decían todos. ¡Feliz el padre que tiene semejante hijo!

Pero cuando apareció el primer campeón de los reyes extranjeros, todos los espectadores se sintieron estremecidos de emoción y de inquietud. Era un hombre gigantesco y fornido y hasta su propio caballo estaba en proporción con la talla y corpulencia del jinete.

Sin embargo, Clodio no pareció atemorizarse en lo más mínimo. Y cuando se vió ante el adversario, exclamó:

—¿No saben los reyes que te envían como un Goliath contra David?

Y, acto seguido, en medio de la expectación de la concurrencia, se empeñó el desigual combate. Pero la expectación subió de punto, cuando Clodio, después de algunos choques terribles, dió buena cuenta de su gigantesco adversario. El caballero derribado, viéndose perdido, pidió clemencia. Clodio le perdonó la vida. Entonces los seis reyes reconocieron públicamente su derrota. No había necesidad de que Clodio luchara con los otros cinco campeones porque eran muy inferiores al campeón primero. Y fué así como Clodio salvó a España y fué proclamado jefe mismo como el



Sus padres lo enviaron a la corte de Francia...

jor campeón de España y del mundo entero.

Esta victoria hizo que el nombre de Clodio fuese llevado en alas de la fama más allá de las fronteras de España. Y todos los monarcas vecinos quisieron tener el honor de ser recibidos en la corte del rey Claudio y de obtener su valiosa amistad. Entre estos príncipes sobresalían tres por sus maravillosos presentes que llevaron al rey Claudio con el fin de obtener la mano de las tres princesas.

El primero ofreció al rey Claudio una estatua de oro macizo que representaba a un hombre que tenía una trompeta en una mano. Estaba arreglado con un mecanismo por medio del cual anunciaba los peligros que podían amenazar al rey, tocando la trompeta. Todo el mundo admiró este raro presente. Pero como en esos momentos nadie pensaba hacer traición al rey, no se pudo verificar el funcionamien-

to del maravilloso mecanismo.

El segundo rey ofreció una gallina con seis pollitos de oro, modelados con tan rara habilidad, que podía confundírsela con una gallina de verdad. En cuanto el rey Bardigán puso la gallina y su pollada en el suelo, los polluelos echaron a correr piando y picoteando por aquí y por allá. Luego la gallina fué a echarse por sí misma sobre la falda de la reina y puso un huevo que resultó ser una perla maravillosa.

—Todos los días pone un huevo igual, explicó el rey Bardigán.

El tercer rey, llamado Indar, se presentó con un caballo de madera ataviado con todos los arreos de montar.

—Señor, dijo al rey Claudio, este caballo es de tosca apariencia, según véis, pero vale más que todos vuestros mejores caballos juntos.

(Continuará)



NO ME OLVIDES



Al pié . . . de . u . nos a . be . du . les dos li . rios a .



- zu - les mo - - ja . ban su lin . do ca . pu . llo sin . ti . endo el a . rri . llo de un ri . o fu .



- gaíz . Se . . . - le an . to . jo a una za . ga la lle -



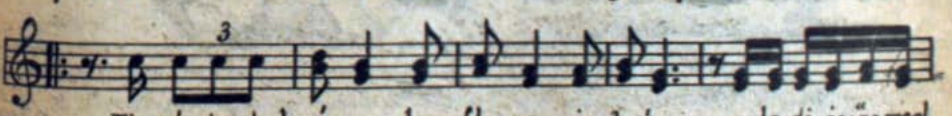
- var . los por ga . la y por no dis . gus . tar a su her . ma sa la sen . da es ca .



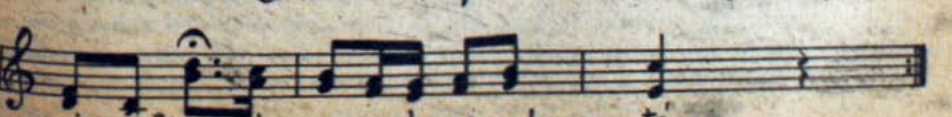
- bro . sa ba . jo su ga . lán . So . ñan . do a . mo . res co . gi . a las



flo - res cuan . do por la pen . dien . te ¡ay! al fon . do del ri . o ca . yó .



Ti . ró des . de el ri . o las flo . res sin bri . o y le di . jo : no me ol



vi - des ¡ay! y el a . gua le se . pul - - - to .

Historia Gráfica



193. Frente a Santa Juana, José de Salazar pagó su iniquidad; porque allí los indios se fueron al abordaje, a caballo, sobre las balsas embancadas. Los 146 hombres que iban en ellas murieron en la batalla, sin escapar de la matanza el propio cuñado del Gobernador.



194. En Concepción se sublevaron los colonos españoles cansados del despotismo de los Salazar y descargaron su furia contra el Gobernador Acuña, cuya cabeza pedían a gritos. Por fortuna el obispo Cimbbrón logró calmar los ánimos. Pero Acuña se vió obligado a renunciar.



195. La Audiencia, escandalizada de tal atentado contra el representante del Rey, reinstaló al Gobernador en su puesto. Pero destituido éste al fin por el Virrey del Perú, tuvo que embarcarse con su triste y odiosa familia y entregó el poder al almirante Pedro Porter.



196. Porter logró alejar a los indios que amagaban a Concepción y libertar a la heroica guarnición de Boroa que resistía un sitio de trece meses contra los indios acaudillados esta vez por un mestizo llamado Alejo, que resultó ser un guerrero tan hábil como Lautaro.



197. El mestizo Alejo pertenecía al Ejército español y ambicionaba llegar a ser un oficial. Pero las autoridades militares españolas no podían admitir que un mestizo fuese oficial del Ejército. Resentido porque no lo creyeron digno de ser oficial, Alejo se pasó al enemigo.



198. Concepción, destruida Chillán en la anterior revuelta, era la única ciudad que quedaba en el sur. Pero en Marzo de 1657 un terremoto la redujo a escombros. Poco después, el terrible Alejo derrotó en campo raso a doscientos españoles con sólo trescientos indios.



199. Dos indias pusieron término a la carrera de este nuevo y terrible caudillo. Ambas se disputaban el amor de Alejo y al fin se pusieron de acuerdo y una noche le dieron muerte mientras dormía. Esta muerte fué celebrada como un triunfo por los españoles.



200. En 1661, los araucanos sufrieron una gran derrota en Curanilahue. Al año siguiente murió el Almirante Porter en Concepción. Se hizo cargo del mando don Diego González Montero, que había nacido en Santiago. Así, pues, fué el primer chileno que desempeñó ese cargo.



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

F. LAZARUS E.

CAPITULO XII

Desventuras y dichas

—Que te acompañe el artillero Roldán, que vino aquí con nosotros la otra vez y que debe reconocer estos lugares.

Pertrechados de agua y comida, se alejaron bogando canal adentro. Los demás tripulantes les siguieron mirando hasta que les vieron ocultarse tras un acantilado. Apenas subió la marea, aunaron sus esfuerzos y pusieron a flote las naves.

Pasaban las horas, y el esquife no parecía volver; todos estaban inquietos pues la noche se venía encima y era peligroso el permanecer allí.

—¡No cabe duda; se anegaron! decía un capitán.

—Esperemos, murmuraba El Cano con angustia.

—Esperaremos inútilmente, dijo el capitán. No dan señales de vida, y por su causa nos exponemos a perecer todos en tan desabrigados paraje.

El Cano comprendía la razón de los apuros, y además no quería que le culpasen de exponerlos a perecer allí por esperar a su hermano. Muy a pesar suyo y con la amar-

gura de perder a la gente del esquife, dió a la flota orden de partir. Salieron y siguieron navegando hasta encontrar el Cabo de las Vírgenes, donde anclaron.

Anclados en el Cabo de las Vírgenes, les sorprende un furioso temporal. Tal fué el ímpetu del huracán y de las olas que la nave Sancti Spiritus fué estrellada contra los acantilados y se hizo astillas en la costa. Las otras arrojaron a tierra la artillería y la carga que pudieron y lograron salvarse; pero muy mal paradas. El Cano, pesaroso por haberse perdido su embarcación, se pasó a la Anunciada y pudo meterla en puerto seguro a la entrada del canal.

Apenas amainó la tormenta y pudieron serenarse todos, su primer cuidado fué el enviar gente en busca de los que habían salido en el esquife, pues El Cano no podía convencerse de que hubieran perecido.

—Domínguez, dijo El Cano a un decidido explorador, es necesario que mientras reparamos aquí las embarcaciones, salgas con un pelotón de hombres en busca de la gente del esquife y que no vuelvas aquí sin traerlos.

—Con mucho gusto, por lo que a mí hace; pero la mar es muy traidora.

—Iréis por tierra; la ría donde

los dejamos no está lejos.

—Supongo que nos esperarán.

—Estaremos aquí hasta que volváis. El puerto es seguro y hay mucho que hacer.

Al día siguiente, salvando enseñadas, barrancos y cuestras, admirándose de la multitud de raras aves que por todos los sitios se veían huir atemorizados, iban cuatro exploradores, bien equipados y con andar ligero, en busca de la gente del esquife. Llevaban caminadas doce leguas cuando les sobrevino la noche y tuvieron precisión de guarecerse hasta el futuro día. Encontraron varias oquedades próximas a la costa, y en una de ellas encendieron una gran fogata, repararon sus fuerzas y se acostaron sobre montones de hojas sin olvidar la precaución de mantener guardia.

Apenas se dejó ver la aurora, reanudaron sus exploraciones. Como estaban ya más cansados, les era muy costosa la marcha, por lo que hacia media tarde ya querían algunos hacer alto en un ameno vallecito y esperar allí la noche, mas Domínguez los alentó, diciéndolo:

—Me parece que ya está cerca el brazo de mar donde encallaron las naves; subamos esta colina que corta el horizonte, pues sin duda que a la opuesta vertiente se encuentran los que buscamos. De todos modos ese alto próximo siempre será un buen sitio para hacer fuego que puedan observar los del esquife, si es que están vivos aún.

Subieron al alto con gran fatiga, y desde la cumbre divisaron un extenso valle regado por un brazo de mar.

—Allí, allí encallamos, decía un

marinero, señalando hacia el fondo del valle.

—¡Por allí fueron los del esquife! añadían otros, apuntando al canal.

—Lleguemos a esa cumbre cercana y podremos así explorar la ruta hasta muy adentro, ordenó Bartolomé Domínguez.

Todos se encaminaron hacia donde se les indicaba. Reunieron gran cantidad de ramas, echaron alguna tierra encima y prendieron fuego. No tardó en elevarse una densa columna de humo. Ataron después a la cima de un árbol una camisa blanca y se sentaron todos a comer y descansar, menos uno que desde el alto de una roca se quedó de vigía.

Apenas habían empezado a comer, cuando el vigía exclamó:

—¡Allí, allí están! ¡Por allí vienen!

Todos se levantaron apresuradamente y corrieron a cerciorarse.

—¿Dónde están? preguntó Domínguez.

—Ahí, ahí cerca! exclamaba el vigía. ¡Miradlos ahí abajo!

Efectivamente, abajo, casi a sus pies estaban los desaparecidos, dentro de su esquife, agitando los pañuelos y dando voces de júbilo.

Antes de una hora ya se hallaban todos reunidos, abrazándose y contándose mutuamente sus aventuras. Buscaron un buen abrigo en la costa, prepararon con gran alborozo una suculenta comida, y mientras la saboreaban les contó el artillero Roldán todo lo que habían sufrido.

—¿Y qué pensaban hacer, si no llegamos a venir en su busca? dijo Domínguez.

—Teníamos la completa seguridad de que no nos abandonarían,



—¿Dónde están? — preguntó Domínguez.

dijo Areizaga y la convicción de que vendrían tarde o temprano o que algún bajel pasase por aquí. Habíamos ideado poner una visible señal en la costa, construir una segura y cómoda vivienda y esperar cazando y pescando. Eso íbamos a realizar ahora, cuando vimos elevarse la columna de humo de entre aquellos peñascos que se ven allá en el fondo. Dios oyó nuestras oraciones.

Aquella tarde se acostaron temprano y durmieron hasta bien entrado el día siguiente. La vuelta se debía hacer con tranquilidad y sin apuros. Recogieron del esquife lo que buenamente pudieron llevar y emprendieron el camino hacia donde quedaban los restantes exploradores, que era a veinte leguas al Sur.

Desde su refugio en la boca del Estrecho, tampoco olvidó El Cano a la Sancti Spiritus con sus despo-

jos, y para que aprovecharan de ella lo que fuera posible, envió allá a Urdaneta con cinco hombres.

Cuando éstos se hallaban atareados recogiendo y apilando en la playa las mercancías de la nave deshecha, vieron venir a Domínguez con todos los del esquife. Se saludaron mutuamente con vivas y gritos de júbilo, uniéndose todos en la penosa tarea.

Hacia media tarde divisaron en el horizonte una vela, después otra y otra; Urdaneta corrió inmediatamente hacia unos peñascos y empezó a hacer señas con un lienzo blanco. Los bajeles no tardaron en darse cuenta de las señas que se les hacían, se fueron acercando poco a poco a tierra. Era la nave capitana, la San Gabriel y la Santiago. Sus jefes, después de haber leído la carta que dejó El Cano dentro de la olla, iban en busca del Estrecho.

(Continuará)

PAGINA FEMENINA

1).—Vestido de marrocán en amarillo claro, adornado de galones de color azul oscuro.

2).—Vestidito de seda verde pálido y botones verde oscuro.

3).—Ensemble en brin azul. Blusa también azul. Dos galones azules adornan el bohero y el cinturón.



RECETAS

Sopa morena

Ingredientes: 1 zanahoria, 1 nabo pequeño, 60 grs. harina, 1 tallo de apio, 2 cebollas, 2 cucharadas mantequilla, 1 litro caldo café, condimentos.

Procedimiento: Pelar cebollas y nabo, raspar la zanahoria y el apio, y picar las verduras. Derretir la mantequilla en una olla. Añadir las verduras ya preparadas. Freír has-

ta que estén doradas; en seguida revolver con el harina, y freír durante unos pocos minutos antes de humedecer con un poco de caldo, cuando esté cremoso, añadir el resto del caldo y seguir revolviendo hasta que esté hirviendo la sopa. Tapar y dejar que hierva a fuego lento durante 20 minutos. Despu-marla, sazonar al gusto con sal y pimienta, en seguida colarla y servir. Cantidad para cuatro personas.



RECUERDE: Paulina y Damián, dos pequeñas criaturas han sido raptadas por un vengativo miserable y abandonadas en una cuna flotante. Un pescador las recoge. Al cabo de diez años los huerfanitos descubren que no son hijos de los pescadores y abandonan la cabaña para no serles una carga. Martín, cómplice de Bernardo Donoso en el rapto, cae preso y, al salir de la prisión, al cabo de diez años, descubre el paradero de los niños y ofrece devolverlos a sus verdaderos padres, a cambio de una gran suma de dinero. Don Alberto Cruz Claro acepta la proposición de Martín, que se presenta bajo el supuesto nombre de Pedro López, y ambos van a la cabaña de los pescadores. Martín espera afuera, en el auto de don Alberto y éste entra en la cabaña donde explica el motivo que allí le lleva.

CAPITULO XXVIII

¿Dónde están mis hijos?

—Ese hombre no se ha burlado de ustedes mis buenos amigos, prosiguiendo diciendo don Alberto.

—¡Más vale así, porque de otro modo le costaría caro! murmuró el buen Francisco.

—¡Es un desalmado. Por devolverme mis hijos me ha pedido la suma de cincuenta mil pesos.

—¡Qué bandido! ¿Y por qué no lo hace tomar preso?

—Lo necesito para que me devuelva mis hijos. Además, le he dado mi palabra de que no lo denunciaré.

—¡Qué lástima!

—Veo que ustedes son gente honrada y de corazón, dijo conmovido don Alberto. ¿Podrían ustedes mostrarme las ropitas que llevaban

las dos criaturas cuando ustedes las encontraron abandonadas?

—¡Cómo no, caballero! exclamó la mujer del pescador, dirigiéndose a un rincón del aposento donde se veía un gran baúl antiguo.

Catalina abrió el baúl y después de revolver un poco su contenido, sacó las ropitas de Damián y de Paulina. Mientras tanto, Francisco Galleguillo contaba a don Alberto la singular historia del hallazgo de los niños en el mar. Don Alberto, con profunda emoción, reconoció las ropitas de sus hijitos.

Galleguillo siguió explicando cómo la miseria había entrado en su casa, años más tarde, cuando habían nacido sucesivamente sus tres hijos. En seguida narró las amarguras que habían pasado la noche que los niños habían abandonado la cabaña para recorrer el mundo y ganarse la vida por sus propios medios.

—¡Tengo que saber el nombre del canalla que hizo semejante crimen! murmuró don Alberto pensando en el miserable y desconocido raptor de las criaturas.

—Desde entonces, señor, nunca tuvimos noticias de los niños. Sólo recibimos una carta de un caballero de Santiago; pero el sinvergüenza que se hacía pasar por agente de la Sección, nos dijo que habían vuelto a desaparecer.

—Sí, ya lo sé. Nada puedo hacer contra el miserable que me ofrece devolverme mis hijos. Tiene entre

sus manos mi felicidad y la de mi esposa.

—¡Qué haya gente tan mala, parece increíble! exclamó la buena Catalina.

—Así es, desgraciadamente. Gentiles como ustedes son escasas de hallar. Voy a hablar unas cuantas palabras con ese hombre que me espera en el auto; es el falso agente...

—¿Quiere que le dé su merecido? dijo Galleguillo haciendo un movimiento para quitarse la chaqueta, como acostumbra a hacer la gente del pueblo cuando quiere arreglar cuentas a puñetazo limpio.

—No, amigo mío, dijo don Alberto reteniéndolo! Eso lo echaría todo a perder. Espere un momento.

Don Alberto salió de la cabaña y se acercó a Martín:

—Bien, le dijo; acepto todas sus condiciones. ¿Dónde están mis hijos?

—Disculpe, caballero; pero yo tengo que tomar mis precauciones. Yo iré a buscarlos...

—¿Crees que tengo confianza en ti hasta ese punto? exclamó don Alberto indignado.

—¡Calma, señor! Usted también tendrá sus garantías. Iré a buscarlos en compañía del pescador. Servirá para que identifique a los niños. Los veinticinco mil pesos restantes se los dará al pescador para que él me los dé a mí en cuanto se reciba de los niños. ¿Qué le parece la combinación?

—Bien, bien; quiero terminar pronto este enojoso asunto para tener el gusto de no verte más.

Don Alberto volvió a la cabaña y propuso al pescador la combinación que había ideado Martín. El pescador aceptó entusiasmado.

—¡Le prevengo, señor, que an-

tes lo mato que dejarlo escapar! exclamó.

Y mientras el pescador se preparaba para partir en compañía del falso inspector y del caballero, éste volvió al auto y empezó otra conversación con el miserable.

—¿Cuándo llevarás mis hijos a casa?

—El viaje es largo, caballero. Usted nos llevará hasta Pelequén en su auto y allí tomaremos el nocturno al sur. Mañana mismo en la noche tendrá usted a sus hijos en su casa.

—¿Y por qué no ir yo también?

—¿Y si usted en un momento de cólera me hace detener? No, señor; yo tengo mucho apego a mi pellejo y sé lo que es estar metido en la cárcel.

—¡Pero, grandísimo bribón! ¿No comprendes que puedo hacerte detener ahora mismo?

—Sin duda, señor, puede hacerlo. Pero, en ese caso, también tengo tomadas mis medidas y... y, entonces, corre usted el riesgo de no ver jamás a sus dos hijos...

—¡Canalla! murmuró entre dientes don Alberto, comprendiendo que nada podía hacer contra la voluntad de aquel hombre de quien dependía la felicidad de toda su vida.

En ese momento apareció Galleguillo.

—Ya estoy listo, señor, exclamó.

El pescador se despidió de su mujer, lo mismo hizo don Alberto, y los tres hombres, el pescador al lado de Martín, que había tomado el volante, y don Alberto en el asiento interior, partieron en el auto en dirección a Pelequén, vía Penmo.

Al cabo de cuatro horas de viaje llegaron por fin a Pelequén. El



Al cabo de cuatro horas de marcha llegó el auto a Pelequén.

tren no había llegado todavía, pero ya había anunciado su llegada la campana de la estación. Algunos minutos después, Galleguillo y Martín subían al tren nocturno de Talcahuano y se alejaban hacia el sur, haciendo señales de despedida a don Alberto desde la plataforma del tren.

¿Qué era, mientras tanto, de Paulina y Damián?

Los dos niños se miraban en un grande y viejo espejo de doña Juana, la dueña de la Pensión de Coronel. Se miraban al espejo contemplando con gran satisfacción los trajes nuevos que les había comprado Gastón Ramos Barrientos. Doña Juana, con las manos en jarrá, daba su aprobación:

—¡Qué buen mozo se ve Damián; parece todo un caballero! ¡Y tú, niña, pareces una damita encantadora!

—¡Qué contenta se va a poner

mamá Catalina cuando nos vea llegar a la cabaña! exclamó Paulina.

—Sí, mamá Catalina y papá Francisco, dijo Damián. Porque seguiremos llamándolos mamá y papá aunque no lo sean, ¿verdad, Paulina?

—Claro, replicó Paulina con mucha seriedad. Si no lo hiciéramos así, les daríamos mucha pena.

—Y le daremos cien pesos a papá Francisco para que no esté tan pobre y pueda mantener a los otros hermanitos.

Llenos de alegría los dos hermanos se abrazaron y en seguida, en medio de un ruidoso júbilo, abrazaron también a doña Juana que se sintió conmovida de verdad por estas muestras de aprecio a su persona.

—¡Hemos tenido mucha suerte! dijo Damián.

—Sí, respondió su hermana, mucha suerte por haber encontrado a

una persona tan buena y generosa como Gastón. Nos acompañará a Navidad y eso será una suerte más, porque de otro modo, mamá Catalina y papá Francisco no creerían nunca que tenemos dos mil pesos cada uno.

—¡Y cuántas cosas les contaremos! Nuestra lucha con esos dos maleantes que se llaman Desiderio y Celestino, cuando nos querían matar; sin nuestro fiel perro Betún, tal vez hubiesen conseguido sus propósitos y no seríamos de este mundo.

En ese mismo instante los niños sintieron rasguñar la puerta del aposento.

—¡Apuesto a que es Betún! dijo Paulina.

En efecto, era Betún que se precipitó dando saltos de contento.

—¡Cuidado con nuestra ropa nueva! le gritó riendo Damián.

Estaban en estas entretenciones, cuando resonó una voz en la sala de pensión que daba a la calle:

—¡Señora Juana! La buscan aquí...

—Voy a ver quién es, dijo la interpelada y dejó solos a los niños.

—¡Jesús, pero si es el señor Martín! exclamó la mujer al ver a Martín acompañado de Galleguillo.

Galleguillo, con no poca sorpresa de la señora Juana, dijo con una seriedad imponente:

—¿No podríamos pasar a una pieza sola? Necesitamos hablar con usted.

—Sí, pasen.

Los hizo pasar a una especie de vestíbulo arreglado como sala de espera. Galleguillo tomó la palabra:

—Señora, yo he venido en representación de un caballero de San Fernando para ver si los niños que

tiene usted alojados aquí, son los mismos que un miserable robó cuando eran pequeñitos. ¿Puedo ver a esos niños?

—Están ahí, dentro. Los llamaré...

—Es mejor que vayan los dos; yo esperaré aquí, dijo Martín.

Guiado por la señora Juana, el pescador entró en la pieza donde se hallaban Paulina y Damián. Dos gritos se escaparon de la garganta de ambos hermanos al ver aparecer a Francisco Galleguillo.

—¡Oh, papá Francisco!

Por su parte, Galleguillo había reconocido a los niños a primera vista.

—¡Hijitos, por fin los encuentro! exclamó el pescador abrazando a Paulina y a Damián, mientras doña Juana contemplaba estupefacta aquella escena...

(Continuará)

DIBUJO SEMANAL



Mi vida es feliz leyendo

"El Colegial".

QUIEN RAPTO

CAPITULO XXVII



1. Mientras Carol, encerrada dentro de la cabaña, conseguía libertarse de las amarras y liberrar a su padre, Jeff Warren subió por la cuerda y llegó por fin a la cima, y se detuvo.



2. El joven divisó a un centinela, arma al brazo, vigilando la entrada de la cabaña. Arrastrándose lentamente, sin hacer el menor ruido, Jeff Warren se dirigió hacia el guardia.



3. Por fin Jeff consiguió llegar hasta la muralla de la choza y allí esperó el momento propicio para poner en práctica el arriesgado plan que había concebido mientras se arrastraba.



4. Se deslizó con la cautela de un felino hacia el centinela, aprovechando el momento de mayor despreocupación de éste, y lo atacó sorpresivamente por la espalda, impidiéndole disparar.



5. Segundos después, el centinela yacía aturdido en el suelo. Era el número dos. Jeff le quitó el rifle y el revólver y se dijo: —Ahora vamos en busca de la señorita Carol Henson.



6. Libres de sus amarras, Carol y su padre se acercaron a la puerta de la choza. La joven miró por una hendidura y murmuró: Hay un hombre que está de espaldas a la puerta, papá.

A HENSON?



7. ¡Déjame a mí, chiquilla! contestó el veterano que, a pesar de su edad era bastante fornido. En seguida se acercó a la puerta y metiendo las manos por las hendiduras, aprisionó a Jeff.



9. Dentro de la cabaña, Bill Henson oyó las voces de los que llegaban y su cara palideció. En el acto soltó a Jeff, sin imaginar que se trataba del joven amigo y éste pudo respirar.



11. Jeff Warren, apenas se vió libre de los brazos que lo sujetaban de tan mala manera, tomó el cuerpo del centinela aturdido y lo arrastró hacia el lado opuesto de la choza-calabozo.



8. En ese mismo instante los bandidos, encabezados por el capataz del rancho Doble V, se acercaban a la choza para ver a los prisioneros. Venían hablando en tono bastante elevado.



10. Apenas soltó al que creía enemigo suyo, Bill Henson se volvió hacia su hija para decirle: —Creo que estamos perdidos, hija. —¡Ah, si anduviera Warren acechando por los alrededores! dijo Carol.



12. Cuando Soames y sus compañeros llegaron a la puerta, no sospecharon nada, a pesar de no ver en su sitio al centinela. —Habrà ido a dar una vuelta para ver si hay novedad, dijo Soames. (Continuará)



CAPITULO I

Había un anciano pescador que apenas le era posible con su trabajo mantener a su familia. Salía todas las mañanas muy temprano, y a consecuencia de una costumbre que se impuso, solo echaba las redes cuatro veces al día.

Al sacarlas en cierta ocasión, notó que pesaban mucho, pero la esperanza de una buena pesca se desvaneció al ver lo que había cogido era el esqueleto de un asno. Rompióse la red, el pescador la compuso como pudo, la arroja de nuevo al agua y sacó un cesto de lodo y cascajo. El pescador, afligido, creyó que aquello significaba el anuncio de su próxima muerte. Arrojó las redes por tercera vez con tan poca fortuna como las anteriores, pero el día comenzaba a aclarar, e hizo su oración. Al concluir añadió: "Señor, ya sabéis que echo las redes cuatro veces al día, ya no me queda más que una, y os suplico que la mar me sea propicia y favorable como lo fué para Moisés".

Volvió a la tarea y sacó una copa grande de cobre amarillo, cerrada y con un sello de plomo que unido a la pesadez le daba un aspecto misterioso. El pescador creyó que

la copa contendría algún tesoro, y con un cuchillo pudo destaparla al fin, pero observó que estaba vacía. De repente, salió del fondo de la copa una columna de humo tan espesa, que le hizo retroceder dos o tres pasos, y a través de aquel vapor apareció un Genio cuya estatura era tres veces mayor que la de un gigante. En presencia de tal monstruo quiso huir el pescador, pero el miedo le paralizó las piernas.

—¡Salomón! Gran Profeta, exclamó el Genio, perdóname, jamás me opondré a tu voluntad y tus órdenes serán puntualmente obedecidas.

—¿Qué es lo que dices, espíritu soberbio? replicó el pescador; hace más de mil ochocientos años que murió Salomón, y ahora vivimos el fin de los siglos. Contadme vuestra historia y la causa de que os hayáis encerrado en esa copa.

—Háblame con más cortesía, o te arranco la existencia, repuso el genio con tono amenazador.

—Es decir, que me mataréis en pago de haberos dado la libertad. ¡Pronto la habéis olvidado!

—Eso no se opone a que mueras a mis manos, y la única gracia que te concedo es que elijas la clase de

muerte que va a poner fin a tus días.

—¿Pero en qué he podido ofenderos? preguntó el pobre pescador lleno de angustia.

—En nada, pero es forzoso que te trate así, y como prueba de ello, escucha mi historia.

—Yo soy uno de esos espíritus que se han rebelado contra la voluntad de Dios. Todos los Genios, menos Sacar y yo, prestaron obediencia al Gran Profeta Salomón, y este Rey, en venganza, me mandó aprisionar y conducir delante de su trono. A su intimación a que le jurase fidelidad, respondí con una altanera negativa y Salomón, en castigo me encerró dentro de esa copa de cobre, cerrada y sellada por él mismo.

Después fui arrojado al mar en mi estrecha cárcel. Durante el primer siglo de prisión juré hacer rico y feliz al hombre que me librara del tormento antes de transcurrir los cien años. Pero nadie vino en mi auxilio. En el segundo siglo juré dar a mi libertador todos los tesoros de la tierra. Al tercero prometí convertir en Rey al que me sacara de la copa, concediéndole, además, cada día de los de su vida, las tres cosas que me pidiese por difíciles o importantes que fueran, pero siempre permanecí en mi triste encierro. Por último, desesperado ya al cuarto siglo de cautiverio, juré matar al hombre que me devolviese la libertad y la luz del sol. Ese hombre has sido tú, y por consiguiente, prepárate a morir, y dime cómo quieres que te mate.

En vano, le dijo el pescador, que aquello era una injusticia, que iba a pagar el bien con un crimen y a

dejar huérfanos a sus tres inocentes hijos.

El Genio se mostró iracundo e inexorable. La necesidad aguza el ingenio, y al pobre pescador se le ocurrió una estratagema.

—Ya que no puedo evitar la muerte, dijo, me someto a tu voluntad, pero antes juradme que me diréis la verdad acerca de una pregunta que voy a haceros.

El Genio tembló instintivamente al oír estas palabras, y dijo al pescador:

—Pregunta lo que quieras y despacha pronto.

—¿Me juráis que estáis en efecto dentro de esa copa?

—Sí, lo juro, contestó el Genio.

—Pues no me es posible creerlo, porque vuestro cuerpo no cabría en un sitio tan pequeño, que apenas es capaz de contener una de vuestras manos, y no comprenderé ese verdadero milagro mientras no lo vea por mis propios ojos, dijo el pescador.

Entonces se disolvió el cuerpo del Genio que, cambiado en humo, empezó a entrar poco a poco en la copa, hasta que no quedó fuera una sola partícula.

—Y bien: ¿me creerás ahora, incrédulo pescador? exclamó la voz del Genio.

El pescador en vez de responder, cerró la copa con la tapa de plomo, y gritó con aire de triunfo:

—Estás en mi poder, y tú eres el que debes elegir la clase de muerte que voy a darte. Pero no, más vale que te vuelva a arrojar al mar, y luego construiré aquí una casa donde viviré siempre para advertir a mis compañeros del peligro que corren si dan libertad a un Genio que es un pícaro y que quita la vida al



Al sacarla en cierta ocasión notó que pesaba mucho.

hombre generoso que le hace un beneficio.

Irritado el Genio al verse cogido en el lazo, intentó con sus esfuerzos salir de la copa, pero le fué de todo punto imposible, y trató entonces de disimular su cólera para conseguir de nuevo la libertad. Dijo al pescador que todo había sido una broma, que estaba dispuesto a recompensar, no con la muerte, sino con las mayores riquezas, al que le sacase del encierro; pero el pescador no se ablandó, persistiendo siempre en su propósito de arrojarle al agua.

—Eres un traidor, infame, le dijo, y merecería la muerte si cometiese la imprudencia de fiarme de ti. Si tú antes te hubieses compadecido de mí concediéndome lo que te pedía, tendría lástima de ti, pero en recompensa de un beneficio quisiste matarme y yo a mi vez debo ser inexorable. Voy, pues, a vengarme arrojándote de nuevo al mar

a fin de que permanezcas aprisionado en la copa hasta la consumación de los siglos.

—Amigo mío, exclamó el Genio con voz dolorida: te suplico que no me trates con tanta crueldad. Es más noble desechar toda idea de venganza y pagar el mal con un bien. No hagas conmigo lo que Inma hizo con Ateca.

—¿Y qué fué? preguntó el pescador.

—Si deseas saberlo, sácame de aquí, porque me es imposible hablar en tan estrecha cárcel. Haré todo lo que tú me ordenes cuando me vea libre.

—No, no, replicó el pescador, he perdido la confianza en ti y voy a precipitarte en el fondo de los mares de donde nunca debes salir.

—Por última vez, gritó el Genio, no sólo te juro no hacerte daño alguno, sino que te enseñaré un medio infalible para que seas enormemente rico. (Continuará)

PASATIEMPOS

El Cantor de América

La Artista, por Arpe.

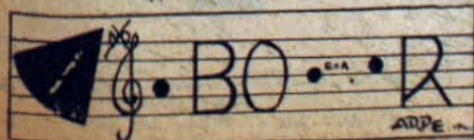


Inicial C — Final A.

- 1.— Padre de la Patria.
- 2.— País Americano.
- 3.— Nombre femenino.



Jeroglífico, por Harán.



Jeroglífico, por Arpe.



En cada punto una letra, de modo que se lean cuatro nombres femeninos.

Toyita.



Formar con estas letras dos nombres de países americanos.



Jeroglífico, por Briosen

Sin amigos ni dinero



1. Chochi, muy pesaroso de su hazaña, por la que está en prisión, aunque descansa a ratos en su roca, le vigila la guardia, que no es poca.



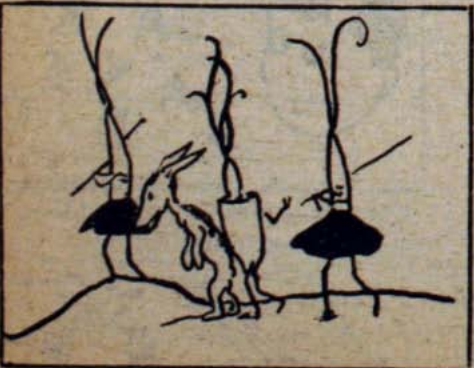
2. Y le hacen trabajar horas seguidas, vigilando sus idas y venidas, construyendo un camino de la costa, hasta el palacio de doña Langosta.



3. Se reúne el jurado competente para juzgar al can desobediente, al que impondrán un fuerte castigo por un asesinato colectivo.



4. Chochi llora escuchando la sentencia y, aunque su defensor pide clemencia, nada consigue; son tres mil días de prisión, trabajando las mañanas.



5. Le acompaña a la cárcel, un calamar, que es quien le ha defendido, diciéndole: querido, no te ocultes, que es muy difícil conseguir tu indulto.



6. Pocos días después cunde la alarma por un rumor que pone al brazo el arma de la guardia, pues dicen que se acerca la muerte en forma de ballena.

vive "Chochi" prisionero



7. Langosta, camarones y quisquillas, miran desde las rocas a hurtadillas, como avanza a la playa, muy serena, una tranquila u colosal ballena.



8. Chochi, que se limpiaba los sudores, en un descuido de sus celadores, piensa en una evasión que, aunque arriesgada, por la ocasión parece preparada.



9. Y, en efecto, burlando su condena, de un salto monta sobre la ballena, viéndose libre de los destinos del fatal atracón de langostinos.



10. La ballena recibe al viajero y en seguida, en viaje muy ligero, va hacia alta mar, y Chochi, de momento, baila de regocijo y de contento.



11. Hasta que en un momento decisivo el pobre se ve más muerto que vivo, pues la ballena, al irse sumergiendo, va a Chochi de la vida despidiendo.*



12. Cansado de nadar, desfallecido, dá Chochi, un largo y doloroso aullido, piensa en Pepito y todos los de casa. ¿Se morirá? ¡Seguid, a ver que pasa!

del. 41

UN CUENTO MAGICO

A Lino, todos los días, le gusta levantarse muy temprano, en especial el Domingo; así el día se hace más largo y se aprovecha mejor la diversión festiva.

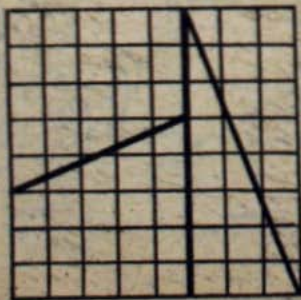
Justo rompía el alba, cuando al hacer su acostumbrado paseo, por una de las calles más largas y que conducía al cerrito más pequeño de la ciudad, vió a unos pocos metros más adelante a un viejito, cuyos pasos firmes y porte majestuoso llamaron su atención. Se le ocurrió seguirle, pues tenía la plena certidumbre de que el viejito ignoraba su presencia, ya que proseguía su camino, sin volver nunca la cabeza, no importándole si estaba o no sólo.

Iba a alcanzarlo, para darle los buenos días, pero el viejito se detuvo, al pie del cerrito pequeño; y Lino pudo oírle, claramente, pronunciar en voz fuerte, estos versos deprecativos:

¡Por la palabra,
Más que macabra,
ABRACADABRA,
Que el cerro se abra!
¡¡ABRACADABRA!!

Y el viejito desapareció por completo, de su vista, como si el cerrito lo hubiera tragado.

Sin reponerse de su sorpresa, Lino se acercó al lugar mismo, donde el viejito había desaparecido, tratando de recordar aquellos versos, y, como tenía muy buena memoria, los recitó maquinalmente, de la misma manera, como los había oído.



¡Oh, maravilla! Vióse en una piecita muy linda, limpia, toda inundada de luz, con las paredes totalmente blancas, y, en ella, vió al viejito, de frente, reconociéndole. Era el mago Persides y cerea del mago vió al enano Cachetín.

¡Claró! ¡Cómo no reconocerlos, si los había visto, en la linda serial de Linder el Menestral! Sin embargo fué tan grande su asombro, que se quedó inmóvil, como una estatua.

—¡Bah! — exclamó el mago Persides: — Me dejé sorprender por este niño; empero ¡qué miedo tiene!

—¡No, señor mago Persides! — contestó Lino, prontamente. ¡Yo no tengo miedo! Primero, porque Ud. es muy bueno, y, segundo, porque yo no soy malo.

—¡Bravo! — replicó Cachetín: — Y, tercero, porque el miedo no existe. Lo inventaron los enemigos de los niños.

—Dejemos eso, — siguió el mago Persides: — Voy a decir unas palabras mágicas, para que este niño vuelva al lugar de donde vino; pero las diré en silencio, no sea que me las aprenda también y me haga competencia.

—Señor mago, — suplicó Lino. Sé que me he metido donde no debo y le prometo, una vez que Ud. se libre de mi presencia, no hacer más uso de los versos que, por casualidad le oí; en cambio le ruego que me enseñe algún juego mágico, uno solito, siquiera, de los muchos que Ud. debe saber.

El mago accedió, sonriendo. Le mostró a Lino un cartón cuadrado, con sesenta y cuatro cuadritos, parecido a un tablero, para jugar a las damas. Trazó unas líneas, un poco más gruesas, como se vé en el grabado e hizo cuatro cortes, siguiendo esos trazos gruesos. Después, con los cortes, formó el rectángulo, que también aparece en el grabado.

—Cerciórate, tú mismo; — le dijo el mago — este rectángulo tiene sesenta y cinco cuadritos, o sea, uno más, de los que tenía el cuadrado de sesenta y cuatro. Y nota, que todos los cuadritos son, absolutamente iguales. Como ves, ha aumentado uno. Esta curiosidad se llama el cuadrado de Darwin; puedes hacerla tú mismo y enseñarla a tus amigos.

—¡Sorprendente! — asintió Cachetín:



—Pero yo me sé otra curiosidad, más bonita, todavía. Ya que se trata de cuadrados, ¿quién de Uds. puede hacerme un cuadro perfecto, con tres líneas?

Lino y el mago Persides se dieron por vencidos y Cachetín dibujó un cuadro corriente, y a continuación le agregó tres líneas, o sea hizo el cuadrado, más tres líneas...

Lino se rió, de tan buena gana, que no se dió ni cuenta cómo, a unas señas del mago, se encontró cerca de la puerta de su casa.

Posteriormente, siguió siempre sus acostumbrados paseos mañaneros; pero fiel a la palabra empeñada, nunca más hizo uso de los versos mágicos. Eso sí, no pierde la esperanza de que algún día, en su camino, aparezca nuevamente el viejito y, entonces, sin faltar a lo con-

venido, poderlo interpelar para algún otro juego mágico.

TIO ATILIO

SOLUCIONES DE LA SECCION PASATIEMPOS

DEL N.º 24

Chang, por ARPE.—María, Hilda, Luis.
El Indio Castorcito, por DANDI.—"El Co-
legial".

Jeroglífico, por BRISEN.—Escudilla.
Jeroglífico, por NINO.—Coronado.

PREMIOS DE LA SECCION PASATIEMPOS

DEL N.º 24

Merecieron premios de \$ 5: ARPE, por su dibujo Chang; y \$ 5: NINO, por su Jeroglífico.

Habiendo llegado muchas soluciones exactas se sortearon cuatro premios, correspondiendo: \$ 5: a Lola García, de San Fernando.—\$ 5: a Enrique Contreras, Puente Alto.—\$ 5: a Adriana Mogilev, V. Carmen 842, Santiago; y \$ 5: a Eva Riffo, de Lonquimay.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200
5 " " " " " " 100
10 " " " " " " 50
Cortes de género.
Cortes de casimir.
Baterías de cocina.
Medias.
Suscripciones semestral a
"EL COLEGIAL".
Pelotas de futbol.

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140



ADVERTIMOS A NUESTROS LECTORES DE PROVINCIAS, que envían sus cupones para el canje del sorteo de Diciembre, se sirvan cuidar su dirección enviándola completa y el franqueo correspondiente, o si es posible un sobre listo para devolver los respectivos boletos.

Celtas.— Hermosas sus colaboraciones, las que publicaremos pronto. Desde ya le contamos como un entusiasta colaborador de "El Colegial". Agradecemos sus felicitaciones por las seriales que publicamos.

Jaime Bravo.— Envíe sus cupones y al mismo tiempo un sobre estampillado con su dirección y a vuelta de correo tendrá los boletos.

Urano.— Con todo agrado le acogemos entre nuestros colaboradores. Bueno su dibujo.

Danubio Azul.— Su colaboración para el 18 de Septiembre llegó

atrasada, motivo por el cual no nos será posible publicarla. En cambio, daremos su "Romance de Pastor" y la "Flauta" tan pronto el espacio lo permita. Queda incorporado a la falange de colaboradores de "El Colegial". Pondremos en práctica su idea.

Siberiano.— Agradecidos a sus cuentos los que hemos entregado para ilustrar y arreglar a fin de darlos luego en nuestra Revista.

Reved.— Por supuesto que podemos suscribirlo a "El Colegial", enviándole desde el N.º 1 para que tenga la colección. Su valor que es de \$ 50.— por un año, puede remitirlo por giro postal o telegráfico a Dirección de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago. Le aceptamos entre nuestros colaboradores. Envíe lo que ofrece.

Maryne Da Ler.— Sus poesías ya están entregadas para su publicación, y pronto quedará complacida.

F. F. F.— Su cuento "Perlimplin, el Saco", lo daremos tan pronto como el espacio lo permita. Ya lo hemos mandado ilustrar.

Geblit.— Con mucho agrado trataremos de complacerle en cuanto sea posible, publicando sus hermosas colaboraciones.

EL SECRETARIO

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE
CONCURSO.

CUPON N.º 16

SUSCRIBASE A

"EL COLEGIAL"

ASEGUANDO ASI SU NUMERO
PARA LA COLECCION.

Oficinas Diez de Julio 1140.—Santiago.

\$ 50 al Año.

\$ 23 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para
que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Oc-
tubre, por un año, se les regalará la
colección desde el primer número.

EL ESPINO BLANCO

Raphithamnus Cyanocarpus Miers.

FAMILIA: VERBENACEAS.

Este arbusto debe su nombre al color claro de sus ramas. Abunda desde la provincia de Aconcagua hasta las regiones antárticas, sin alcanzar al Estrecho de Magallanes. Prefiere los suelos secos y estériles. En las fértiles tierras del valle central se le encuentra sólo excepcionalmente; abunda más al pie de ambas cordilleras.

El tronco se levanta hasta unos 6 metros de altura. Los arbustos nuevos son esbeltos y tienen forma piramidal. Los mayores presentan más bien una forma redonda. Su corteza es muy agrietada y pardo cenicienta.

En el proceso de asimilación el diminuto tamaño de las hojas es recompensado por el gran número de ellas. En realidad, presenta el arbusto un follaje bastante tupido.

Las flores nacen por lo general en las axilas de las hojas. Son opuestas y frecuentemente se encuentra desarrollada una sola flor, mientras la otra forma un pequeño botón del tamaño de una cabecita de alfiler.

El espinoso blanco es polinizado por colibríes y moscardones. Los frutos presentan el carácter de una drupa globosa de casi 1 cm. de diámetro, con dos huesos duros semiglobosos. Cada uno con una o dos semillas desprovistas de endosperma. El fruto se acumula en los extremos de las ramas donde no existen espinas o al menos en número reducido.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).



LA BARATA (*Blata orientalis*)

Este Ortóptero corredor es muy común en Santiago, sobre todo en las casas antiguas, donde durante la noche sale en busca de su alimento en cantidades asombrosas, el alimento consiste en desperdicios de la cocina, como ser restos de comidas y verduras u otros.

Es un insecto perjudicial en todo el sentido de la palabra, no presta la menor utilidad, en cambio es dañino en todo sentido, pues no perdona ni la ropa de vestir que rompe y destruye, además es un animal sucio y repelente.



ANGELINA Y LOS MELLIZOS



1. Angelina, la hacendosa niña, estaba muy preocupada arreglando las cosas de la cocina, cuando los dos pícaros mellizos decidieron hacer una de sus conocidas diabluras.



2. Quico y Caco, en la pieza contigua a la cocina, empezaron a soplar unos globos de goma, gozando de antemano con el tremendo susto que le iban a dar a la despreocupada Angelina.



3. Inflados ya los globos, Quico y Caco entraron sigilosamente en la cocina sin ser vistos por Angelina que en esos momentos estaba de espaldas arreglando las cosas del armario.



4. Angelina tomó en sus manos un gran tarro de harina flor para cambiarlo de sitio. Y en ese mismo instante Quico y Caco reventaron los globos produciendo un fuerte y sonoro estampido.



5. Tomada de sorpresa, la chica se asustó y el susto la obligó a hacer un brusco movimiento que dió por resultado volcar toda la harina del tarro en la cabeza de los burlescos muchachos.



6. Cegados por la harina, medio ahogados y estornudando a más y mejor, Quico y Caco huyeron de la cocina, mientras Angelina llenaba la cocina con sus incontenibles risas y carcajadas.